

Aída Cometta Manzoni.

El problema del indio en Bolivia y su proyección en la novela

Buenos Aires, diciembre de 1941.

I.º EL PAISAJE.



SALIR de Buenos Aires rumbo a La Paz, es partir del rincón más cosmopolita del continente y penetrar en el corazón de América. La emoción del viajero, por eso, es enorme. En tres días y medio que dura el trayecto, el paisaje, el ambiente y hasta el hombre varían de manera tan radical que experimentamos la sensación de entrar a otro mundo.

Claro que el cambio es paulatino. No se manifiesta en forma brusca, sino, por el contrario, todo parece perfectamente encadenado de tal modo que al llegar a la altiplanicie boliviana se tiene la noción lógica del ascenso.

Cuando el tren deja muy atrás los andenes de la estación de nuestra gran ciudad una pampa dilatada domina nuestra perspectiva. Durante muchas horas el panorama continúa monótono enseñándonos la extensa llanura argentina. Horizonte despejado, planicie ininterrumpida, campos que se prolongan hasta el infinito. A la hora del crepúsculo, el paisaje adquiere una dulce melancolía que se trasmite al viajero. La noche, oculta a la naturaleza en su negro manto de tinieblas y los pri-

meros rayos del sol vuelven a alumbrar la inmensidad del desierto ondulado aquí o allá.

De la pampa serena, que ofrece al espíritu la sensación de libertad y amplitud vamos subiendo a la montaña, guarida de cóndores. Para los ojos habituados al paisaje liso y plano, el descubrimiento de la montaña resulta un espectáculo inenarrable. La emoción es violenta y difícil de describir. Se siente estupor primero, admiración después y por último angustia. Estupor ante el enorme macizo de piedra que eleva imponente sus nevados picachos; admiración por la belleza incomparable del panorama andino y angustia de pequeñez, convencimiento de nuestra inferioridad, ante la magnitud de la cordillera que nos cohibe, dándonos una idea exacta de nuestra medida.

Acostumbrados a contemplar la inconmensurable extensión pampeana que no ofrece obstáculos a la visión del que lo observa; familiarizados con la línea clara y precisa del horizonte pegado a la tierra; habituados a la perspectiva de un panorama sin relieve, que se pierde en el infinito, la enorme masa pétreo que se alza atrevida, después de asombrarnos por su magnificencia, deprime nuestro espíritu y nos deja ligeramente angustiados. Sentimos un malestar indefinible que nos abandona cuando el tren consigue llegar al altiplano.

La puna es una pampa a más de 3,000 metros de altura. Fría, seca y desierta, la enorme extensión se prolonga sin fin. El paisaje puneño es lo más triste y desolado que pueda ver el viajero. «La puna—dice Adolfo Costa du Rels—es la tristeza humana caída poco a poco en polvo». Es que, en verdad, nada ofrece que alegre la vista, nada se observa para deleite del espíritu. La soledad más espantosa reina por doquier. Hasta las plantas y los animales parecen huir de este paraje tétrico y sólo de cuando en cuando puede verse la figura hierática y desdibujada de algún indio que atraviesa el páramo con su inseparable compañera: la llama.

De noche la lóbreguez del paisaje se acentúa. Densa cor-

tina de sombras envuelve al yermo helado, sopla feroz el viento silbando entre los pajonales y el único acento de vida que se percibe, a veces, a través de las tinieblas, es la queja dolorida de la quena que los labios de algún nativo modulan suavemente.

Llanto de pena irremediable, lamento de nostalgia, el sonido lúgubre y melodioso del instrumento semeja la voz humana y plañidera de algún ser que gime con desconsuelo. Se la oye con pavor en la oscuridad de la noche. La piel se eriza al primer sonido de sus notas angustiosas y el espíritu se sobrecoge de espanto ante la tristeza infinita que ella trasmite.

Devorando kilómetros atraviesa el tren esta árida llanura hasta detenerse en Oruro, centro minero de gran importancia y nudo de la red ferroviaria boliviana. De allí a la capital quedan aún largas horas. Siempre en ascenso el tren alcanza los 4,000 metros en el Alto de La Paz. Dormida a los pies del Illimani y custodiada por un grupo de montañas—el Illampu, el Sajama y el Huayna Potosí, cuyas crestas blanquean permanentemente la nieve—el viajero puede contemplar a la capital. En un lento caracoleo, que oculta y descubre los tejados de las azoteas paceñas, vamos descendiendo gradualmente hasta el valle.

La llegada a La Paz, de día, ofrece un espectáculo de maravilloso colorido. Un cielo purísimo brinda la belleza de su tinte límpidamente azulado. El sol pone ligeras tonalidades nacaradas sobre la inmaculada blancura de la nieve que engalana las altas cimas. Se ven así, teñidas de rosa y malva las cumbres de la cadena de montañas que forman majestuoso marco a la ciudad. Aquí y allá un grupo de árboles pone una nota verde en el paisaje, que armoniza con el gris de los tejados. En el descenso paulatino se van haciendo más firmes, más precisos, el rojo y el violado de las polleras de las cholas, que contrastan magníficamente con el amarillo y naranja de sus ponchos y la gama infinita de los azules de sus chaquetas ajustadas.

Verdadera orgía de colores resulta el espectáculo a esta hora,

pero de noche la visión no es menos maravillosa. En medio de la obscuridad más impenetrable se llega al Alto de La Paz. Tenemos la sensación de avanzar por entre un enorme túnel que va cercandando de tinieblas todo nuestro alrededor. Y de pronto, allá abajo, descubrimos un pozo de estrellas. La realidad se torna fantasmagórica. Y la ciudad, que en ese momento es un puñado de luciérnagas, se nos antoja un manto de lentejuelas que alguien ha dejado caer al precipicio.

Bolivia es, sin duda, país de grandes contrastes. Por eso no es raro hallar, al lado de las regiones puneñas frías y desoladas, valles fertilísimos, con temperatura tropical, donde la vida se desliza muellemente.

El que viaja por el Departamento de La Paz se encuentra con la agradable sorpresa que ofrece la diversidad de su panorama. Del yermo inhospitalario, azotados por constantes vientos, vecino de las nieves eternas, se pasa, con diferencia de pocas horas, a pleno trópico en Los Yungas. En agradable viaje automovilístico se descende desde los 4,000 metros de altura hasta el nivel del mar. El viajero encuentra allí un clima maravilloso y una naturaleza exuberante le brinda los más apetecibles frutos.

Saliendo de La Paz, el valle de Cochabamba nos ofrece un panorama parecido. El clima suave y la naturaleza pródiga le han dado merecida fama, siendo reconocido como «el granero de Bolivia». La vida es tan agradable y cómoda en esta región que no ha de extrañar el hecho de que en ella se halle concentrada la mayor densidad de la población. El tren que parte de Oruro para llegar a Cochabamba atraviesa regiones fértiles y son fácilmente visibles, a ambos lados del camino, hermosas quintas, haciendas y jardines floridos.

Partiendo de Potosí, a 4,000 metros de altura, bajamos en un viaje de autocarril que dura cuatro horas, hasta el maravilloso valle de Sucre. A pesar de la incomodidad, la travesía resulta magnífica por la belleza del paisaje que va cobrando

paulatinamente mayor verdor y lozanía a medida que nos alejamos del páramo.

Por último, todo el oriente boliviano ofrece la belleza enigmática de sus bosques impenetrables. En el sur, Tarija y el Chaco presentan un paisaje similar.

La selva brinda la grandiosidad de su vegetación lujuriosa, de su fecundidad abrumadora que une en profusión desconcertante flores y plantas diversas; de su misterio impenetrable que impresiona y subyuga.

A la soledad espantosa que reina en la puna, la selva opone el embrujo de su «infierno verde» donde cada vegetal asume la forma de algún ser fantasmagórico que acecha al viajero. Cada tronco, cada rama, adquieren forma y dimensiones distintas en la imaginación del que extraviado en su seno, abrasado por el sol y perdido en un mundo de helechos que se entrecruzan caprichosamente formando tupidas bóvedas, termina por perder la noción de la realidad y verse perseguido por fantasmas y amenazado por un ejército de demonios.

2.º EL HOMBRE.

Este marco de montañas, la extensión ilimitada del altiplano, los ricos valles y las selvas vírgenes, constituyen el escenario en el cual se mueve un personaje que atrae nuestra atención por el profundo dramatismo de su vida: el indio boliviano.

Ultimo vástago de una raza que floreció en todo su esplendor en épocas pasadas, el quechua y el aymará constituyen, hoy día, el grueso de la población altoperuana. Los blancos están allí en minoría y en muchos de ellos, la oblicuidad de los ojos, el tinte un poco acentuado de la piel o los pómulos ligeramente marcados descubren la existencia de algún abuelo indígena.

La importancia de la población indígena en Bolivia se ad-

vierte fácilmente leyendo la estadística hecha por don Jorge Palenque en 1929. Según ella, en un total de 2.972,583 habitantes, 1.620,058 pertenecen a la raza autóctona, 917,339 a los mestizos y 435,186 a los blancos. Es interesante hacer notar, además, que la población indígena en Bolivia, desde la época de la colonia hasta nuestros días no ha disminuído, sino que por el contrario las estadísticas acusan un marcado aumento en las cifras. Dalence establece que en el año 1846 había en Bolivia algo más de 700,000 indios en un total de 1.373,996 habitantes. En 1909 el censo oficial acusa la existencia de 906,126 indios sobre una población de 1.617,674 (1). El aumento, como puede verse es considerable y corrobora la opinión de un serio estudioso, Angel Rósemblat, quien sostiene que la población indígena de América, en su conjunto, casi ha duplicado en el transcurso de un siglo (2).

Para explicarnos la situación actual del indio es preciso hacer un poco de historia. Remontarse hasta los lejanos días anteriores al descubrimiento. Dueño de su tierra, pégado a ella por una fuerza telúrica que lo unía como fuerte cordón umbilical, el autóctono vivía entonces, feliz, en una comunidad que aseguraba su subsistencia y lo protegía contra todo daño. Pero la conquista, como huracán que arrasa tras sí cuanto a su paso encuentra, quebró de pronto el equilibrio de su posición económica y social.

Sojuzgado el imperio por los hombres blancos que venían de allende el mar, el indio pasó a ocupar un puesto de vasallo. Perdió sus tierras, que el conquistador hizo suyas, y como de nada valían ellas si no había brazos que las trabajasen se organizaron las mitas y encomiendas. Cada señor feudal vino así,

(1) *Gustavo Adolfo Otero: Figura y Carácter del Indio. La Paz, 1940, pág. 21.*

(2) *Angel Rosemblat: El desarrollo de la población indígena en América, en Rev. Tierra Firme, Madrid, 1935, año 1, N.º 1, II y III.*

a ser dueño de una cantidad determinada de siervos que labraban sus campos de sol a sol o se hundían en las minas para extraer el preciado metal. De esa manera el indio no sólo fué despojado de lo que le pertenecía, sino que además, se le condenó a un trabajo excesivo, privándosele de su libertad.

Desde entonces hasta ahora—ya han pasado más de cuatro siglos—la situación del indio no ha variado mucho a pesar de haberse exterminado el odioso régimen que los esclavizaba y de haber sido declarado ciudadano boliviano.

Hoy como ayer continúa siendo el ser miserable al que blancos y mestizos miran con desprecio. Hoy como ayer se le explota en la mina y en el agro. Hoy como ayer su trabajo constituye la base de la economía nacional y sin embargo no se repara en su estado deplorable ni en la vida sórdida y llena de penurias que tiene que soportar.

Las luchas revolucionarias, en las cuales colaboró activamente, no llevaron ningún aliciente para su situación. Apenas si significaron un cambio de amos cuya actitud para con ellos fué tan despiadada como la de los anteriores. De nada le ha valido, tampoco, al indio, la derogación de leyes que lo esclavizaban si su independencia económica no ha sido restituída. Como sus tierras no les han sido devueltas y su vida está enteramente ligada a ellas, se han visto obligados a soportar resignados un estado de cosas que no mejora las condiciones de su vida.

Antes, el encomendero aseguraba la subsistencia de sus indios. Lo hacía con un interés premeditado, como el que alimenta sus bestias de carga porque sabe que ellas representan el factor principal en el adelanto de su trabajo. Pero por lo menos el indio no tenía ese problema que resolver. Ahora, en cambio, en su situación de hombre libre se ve obligado a enfrentarse con un cúmulo de problemas a los cuales económicamente no puede dar solución. Los jornales son muy bajos, la familia india es numerosa y aunque todos contribuyan con su aporte, la vida resulta muy difícil. Por eso, lo frecuente es que contraiga

deudas y entonces llega un momento en que debe trabajar gratuitamente para saldarlas. Deudas que se hacen eternas gracias a la habilidad del amo letrado.

En los grandes latifundios, en el infierno de los siringales y en las profundidades de las minas se ven, hoy día, infinidad de trabajadores indígenas. Hombres, mujeres y niños, sin distinción de sexos ni de edades, padecen los rigores de una explotación inícuca. Mal alimentados y peor remunerados, soportando la inclemencia de un clima riguroso en la puna o de una temperatura cálida en exceso en la selva; enterrados casi todo el día, respirando una atmósfera húmeda y malsana, los que trabajan en los socavones; sin asistencia médica los que la precisan, ni leyes que los protejan contra el abuso y el mal trato de los patrones, el indio soporta estoicamente una vida de miseria y opresión que espanta. Legalmente es un hombre libre, pero todos sabemos que no hay auténtica libertad si ella no tiene una base económica. El indio que trabaja en las minas o cultiva las tierras que no son suyas depende inevitablemente del amo que le proporciona ese medio de vida y debe sujetarse, por consiguiente, a todas sus exigencias. Y esta sujeción no puede ser sino incondicional, por parte del indio, desde que él es un ser analfabeto sin profesión ni oficio y la única solución económica del problema de su vida se la da el patrón.

Por su parte, el latifundista que ha perdido legalmente el derecho de vida que tenía sobre los indios, trata de evitar que estos consigan su independencia económica. Por eso paga jornales de hambre que lo mantienen en la más vergonzosa miseria; insiste en la teoría de que es un ser inferior, incapaz de asimilar conocimiento alguno, con el objeto de que permenezca en la ignorancia y es el más interesado en ponerlo en contacto con vicios que puedan ayudarlo en su propósito como son el alcoholismo y la coca. Cuenta, además, con magníficos colaboradores: el cura, embotando la mente de la masa indígena y el corregidor, con la

aplicación de leyes que siempre resultan perjudiciales para el indio contribuyen eficazmente a facilitar la tarea del gamonal.

Cabría preguntarse ahora, por qué el Estado no interviene en defensa del indio. En realidad el Estado parece ignorar su presencia. En el magnífico alegato de defensa que hace Franz Tamayo sobre el autóctono, leemos: «¿Qué hace el indio por el Estado? Todo. ¿Qué hace el Estado por el indio? Nada» (1).

La verdad, aunque vergonzosa, no puede ocultarse. El viajero que recorre el territorio boliviano observa que, en efecto, quien labra las tierras, padece en los siringales y se hunde en las minas, es el indio. Indio es el obrero que trabaja en la construcción de caminos y el que transporta los productos agrícolas al mercado de consumo. Indio, también, el que confecciona hermosas mantas de vicuña, teje magníficos ponchos multicolores y fabrica primorosas joyas y utensilios de plata. Las tareas más pesadas están en manos indias y hasta el servicio doméstico y el transporte del combustible, que ha de mantener confortable los hogares, es trabajo del indio.

El Estado usufructa esta labor indígena pero no la recompensa. Lo malo es que no se ha preocupado totalmente del indio y se ha acordado de su existencia solamente para su mal. De tal manera que, aparte de no aportarle ningún aliciente para remediar su situación, trata en oportunidades, de empeorarla. En efecto, el Estado existe para el indio en la forma de odiosos impuestos, de servicios especiales que debe cumplir, sin remuneración alguna o en el reclutamiento de los jóvenes a los cuales, so pretexto de educarlos militarmente, se les hace desempeñar tareas de provecho para el Estado, pero privando a la comunidad indígena de brazos útiles y necesarios.

Por último, un ejemplo bien elocuente de lo que venimos diciendo, se ha podido comprobar durante la pasada guerra del

(1) Franz Tamayo: Creación de la pedagogía nacional. La Paz, 1910, pág. 58.

Chaco. El Estado recordó, entonces, que el indio era también ciudadano boliviano y por lo tanto tenía la obligación de defender su territorio. De esa manera, los ejércitos se engrosaron con material humano indígena. El indio, que hasta entonces era un ser despreciable, sumido en la más grande ignorancia, al margen de toda actividad política y social, se transformó de pronto en el «hermano indio». Su resistencia física, su valor, la sobriedad de sus costumbres, fueron loados por todos, y el pobre indio, que durante toda su vida sólo había desempeñado menesteres áridos y abrumadores, sirvió como carne de cañón para vengar el honor nacional. Después, su condición de ciudadano volvió a olvidarse y los que lograron escapar de ese infierno de sangre regresaron nuevamente a enterrarse en las minas, a padecer en el latifundio, a sufrir en el sirringal, soportando la misma vida miserable y de oprobio de siempre.

3.º TENTATIVAS DE REIVINDICACIÓN INDÍGENA DESDE EL PUNTO DE VISTA EDUCACIONAL.

Seríamos injustos, empero, si silenciáramos las tentativas de mejoramiento que el Estado ha puesto en práctica desde el punto de vista educacional. Alfredo Guillén Pinto, uno de los hombres que en Bolivia trabaja con más entusiasmo en esta cruzada de reivindicación indígena, nos pone al tanto de esas iniciativas (1).

La primera de ellas se llevó a cabo en el año 1828 y consistió en la creación de 12 becas para indígenas en un seminario de La Paz. Sobre los resultados obtenidos por esta medida no se conoce pormenor alguno. Tenemos que esperar hasta el año 1905 para encontrar otra disposición gubernamental del mismo género. En esa fecha fueron creadas las primeras escuelas ambulantes para indígenas. Su fundador, el Ministro Saracho,

(1) *Alfredo Guillén Pinto: La educación del indio. La Paz 1919.*

fué a la vez uno de sus propulsores más decididos, pero dejó trunca esta obra de hermosas proyecciones, porque en 1908 terminó su período.

Le sucede en el ministerio Sánchez Bustamante, otro de los hombres públicos bolivianos convencidos de la urgencia que existía en su país por resolver el problema del indio. A iniciativa suya se crea en 1911 la Escuela Normal para profesores de indígenas, provistas de dos secciones: una destinada a la formación de preceptores y la otra que funcionaba como escuela primaria con elemento indígena y servía a la vez de práctica al profesorado que estaba en gestación. Anexo a la escuela existía un campo de experimentación agrícola. Este establecimiento fué trasladado, años más tarde, de La Paz a Guaqui y de allí a Patacamayo desvirtuándose los fines que persiguieron sus fundadores, con lo cual se malogró uno de los más interesantes ensayos de educación indígena.

Por último, en 1915 se fundaron en Umala, Colomi y posteriormente Puna, escuelas normales rurales cuyos resultados han sido bastantes satisfactorios.

Esto es, en síntesis, la obra educacional del Estado con respecto a una masa de su población que abarca las tres cuartas partes de su totalidad. Si añadimos a ello que las iniciativas mencionadas se abandonaron a los pocos años de haberse emprendido sin que hubiera constancia ni perseverancia en proseguirlas dándole el tiempo necesarios a toda obra de esta naturaleza, se tendría un cuadro exacto y lamentable de la intervención del gobierno en la tarea de redimir al indio por medio de la educación.

Por fortuna el actual gobierno boliviano parece interesarse algo más en este urgente problema, por lo menos así lo demuestra el programa de acción educativa del año en curso, presentado por el Vice-presidente del Consejo Nacional de Educación, profesor Vicente Donoso Torres (1). «La educación indí-

(1) *Vicente Donoso Torres: Programa de acción educacional. En Rev. Estudios Sociales, La Paz, agosto de 1941, Año I, Vol. II, pág. 14.*

gena y rural—dice en su informe—que abarca también la reducción e incorporación de selvícolas de los llanos, merecerá atención preferente y decidida. Es de suma importancia, puesto que se dirige a la inmensa mayoría de la escolaridad, y ha de recibir un fuerte impulso y una verdadera orientación industrial, en la medida que los recursos del Estado permitan». Más adelante expone las dos etapas que ha de comprender la realización de este programa. Ellas son: «Un primer paso, encaminado a cerrar el período de edificaciones, para salvar al maestro de los locales semi-construídos, desprovistos de la parte espiritual, substancia de toda obra educativa; y una segunda etapa, de verdadera y positiva creación, que habrá de caracterizarse por la simultánea adquisición de tierras e implementos de labranza y el aprendizaje agropecuario, que formará el espíritu de este ciclo y contribuirá poderosamente a mejorar la economía del país». Se habla también en el informe de la creación de un nuevo tipo de plantel denominado «Centro escolar de cooperación campesina» en el Departamento de Santa Cruz y de una comunidad agropecuaria escolar en Oruro, de acuerdo a las normas económico-sociales del Incario.

Mencionaremos finalmente, las tres experiencias más interesantes que se han hecho en Bolivia sobre educación indígena. Ellas son Wuarizata, Caquiaviri y Caiza. Digamos, ante todo, que ellas se debieron, exclusivamente, al esfuerzo personal de sus directores y al apoyo caluroso y la franca acogida que encontraron, en todo momento, en las comunidades indígenas.

Wuarizata.—Es obra del maestro Elizardo Pérez. Su labor tiene el mérito de haber hecho frente a los prejuicios egoístas de una clase privilegiada que teniendo en el indio la base de su poderío económico, trata por todos los medios de evitar su redención. Es, por lo tanto, un intento valiente que ha puesto de manifiesto, además, las posibilidades de emprender la educación de la masa autóctona, con todo éxito.

«Wuarizata» ha demostrado, en forma rotunda, que el indio no es siempre un ser hosco y huraño, que huye de la civilización y el progreso, prefiriendo su vida miserable y sórdida. Lo que ocurre es que el blanco le ha enseñado—con su comportamiento—que debe desconfiar de todo aquello que provenga de él. Por eso el indio se aleja de su lado y se muestra reacio a sus proposiciones. Pero si llegamos hasta el indio con simpatía, si nos interesamos por sus problemas y nos ponemos al tanto de sus inquietudes; si logramos penetrar en el cerrado círculo de su mundo, veremos como ese sentimiento hostil de recelo primitivo, cede paso gradualmente a una simpatía que nace de la mutua comprensión.

Todo esto lo sabía muy bien Elizardo Pérez, por eso fácilmente logró conquistar la voluntad de los indios y con su ayuda levantó en Wuarizata los muros del gran caserón que no sólo iba a ser la escuela de ellos, sino además, el refugio donde encontrarían siempre calor de hogar, comprensión de hermano y guía afectuosa.

El edificio consta de cuatro secciones y cuenta con comodidades para hospedar a pupilos. El alumnado, de ambos sexos oscila entre los 7 y 15 años. La educación impartida es esencialmente práctica y vinculada con las necesidades de la comunidad. Porque el principal objeto de esta enseñanza, aparte de las nociones generales sobre lectura, escritura y aritmética, que se dan indistintamente en lengua aymará y castellana, es preparar a los indígenas en las tareas rurales y en los oficios manuales. Hacer de ellos excelentes campesinos, con nociones técnicas sobre agricultura y ganadería, con el objeto de elevar su nivel de vida haciéndolos más competentes en su trabajo; o bien convertirlos en obreros manuales expertos y al tanto de los progresos que la civilización ha aportado para que puedan ser más útiles a la comunidad.

Estas eran las esperanzas de Elizardo Pérez. Que la escuela transformara al indio ignorante y miserable en un hombre ca-

paz y de provecho. Y en verdad que no fué defraudado. A los pocos meses de su fundación la escuela, que en un principio se mantenía por medio de una contribución en especie que los indios aportaban, contaba para sufragar sus gastos, con sus propios medios, obtenidos con la venta de los productos que los alumnos aventajados elaboraban en sus talleres.

Poco tiempo después se incorporaron nuevas materias al plan de estudio. Se enseñó dibujo y pintura, tejido y mecánica. La fama del colegio, en tanto, fué creciendo paulatinamente y se desparramó por los alrededores. La desconfianza de los indios fué cediendo ante los beneficios que la escuela les aportaba y bien pronto el ejemplo fué imitado por otras comunidades, fundándose así, en pocos años, más de treinta escuelas indígenas construídas y sostenidas enteramente por los indios.

Por desgracia, el fundador de este núcleo de educación indígena, tuvo que abandonar Wuarizata para ocupar un cargo de importancia en la capital. Su traslado fué hondamente sentido y con él perdió la escuela no sólo al maestro inteligente y tesorero, sino, especialmente, al amigo entusiasta, que no tuvo el menor reparo de enfrentarse con enemigos peligrosos para defender el derecho del indio a la enseñanza. Wuarizata continúa aún su función educativa, pero las noticias que nos llegan no son muy halagadoras, ni los resultados que se obtienen son los mismos conseguidos por Elizardo Pérez.

Caquiaviri (1).—En pleno yermo, a 3,500 metros sobre el nivel del mar, en la tierra de «los hombres águilas»—según la etimología aymará de Pacajes, nombre de la provincia a la cual pertenece el cantón de Caquiaviri—se ha realizado la segunda experiencia educacional con elemento indígena. En ese pequeño pueblo que es punto de convergencia de más de veinte comuni-

(1) *Rafael Reyeros: Caquiaviri. La Paz 1937.*

dades indias y un núcleo considerable de latifundios, ha creado Alfredo Guillen Pinto, su escuela rural indígena.

Caquiaviri es la sede del núcleo indigenal *UTAMA*, que en la lengua de los nativos significa «tu casa». Y es que el propósito de su fundador ha sido el de construir una escuela en la que el indio—niño o adulto—encuentre calor de hogar y simpatía humana. Una escuela que lo acoja con cariño y la enseñe con amor; en la que pueda hallar comprensión para sus problemas, alivio para sus males presentes y esperanzas para el futuro.

El edificio de la escuela de Caquiaviri ha sido levantado, como el de Wuarizata, gracias a la ayuda desinteresada del indio. Pero el director no ha querido seguir la tradicional costumbre de usufructuar del trabajo del indio sin recompensarlo. Por eso, aunque el subsidio del Estado es ínfimo y por tanto no permite mayores gastos y aunque el beneficiado en este caso es el mismo indio, ha retribuído la labor de los que trabajaron sistemáticamente, con salarios.

El local consta de dos cuerpos en los que hay capacidad para comedores, dormitorios, aulas y oficinas. Todavía queda un pedazo de terreno que se dedica al cultivo de legumbres y hortalizas.

La enseñanza que se imparte es múltiple y se aplica de acuerdo a la edad y necesidad del alumnado. Existen clases de cultura general en las cuales se dan nociones de lectura, escritura, aritmética y conocimientos generales. Hay también cursos profesionales y vocacionales en los cuales el indio adulto, o el que ha terminado ya el ciclo de alfabetización puede perfeccionarse en el oficio que desee. Hay talleres de tejido, herrería, carpintería, mecánica y alfarería. Periódicamente se realizan exposiciones de los objetos confeccionados en la escuela que puedan ser adquiridos por los indios a un precio más ventajoso. De esta manera la escuela cumple una doble misión: la de adiestrar al indio en un oficio determinado y la de beneficiarlo proporcio-

nándole sus útiles de trabajo, utensilios y prendas de uso personal.

Todos los lunes se realiza *la hora aymará*, que consiste en un pequeño festival en el que intervienen los alumnos y los profesores. El programa comprende cantos y danzas típicas de la comunidad, coros y recitados en lengua indígena. Para el caso los actores se atavían con los trajes característicos de su raza y el espectáculo adquiere, así, verdadero carácter y autenticidad. Participan de la fiesta, además de los escolares y maestros, los padres y vecinos, quienes son especialmente invitados, queriéndose con esto hermanar a todos en un núcleo humano de comprensión y solidaridad.

Ochenta niños asisten a la escuela de Caquiaviri, de los cuales treinta son becados, es decir tienen derecho a dormir y comer en la escuela y además reciben un subsidio de veinte bolivianos mensuales. Todo el trabajo de la cocina, limpieza de los comedores y arreglo de las aulas corre por cuenta de los mismos alumnos quienes se turnan para realizar esta tarea. Los pupilos permanecen toda la semana y el sábado, al atardecer, regresan a sus hogares para visitar a sus padres. En los períodos agrícolas los alumnos pueden participar de las faenas paternas justificando la escuela sus inasistencias. No hay que olvidar, que el niño indígena es un apoyo considerable en la familia. Desde pequeño se acostumbra a ser útil a sus padres y acompaña a éstos en sus menesteres tratando de ayudar en todo lo que esté al alcance de sus posibilidades y se adiestran de esta manera en tal forma que llega a realizar trabajos ímprobos, concebibles sólo en un adulto.

Pero, en la escuela de Caquiaviri no solamente se aprende a leer y a escribir, a ser un buen herrero o un excelente mecánico. El director recibe diariamente comisiones de indios que lo visitan para consultarlo sobre diversos asuntos. Este viene por una medicina para su mujer, que no se encuentra bien; aquél solicita que le escriba una carta a las autoridades de La Paz sobre tal

o cual gestión; el otro le pide un consejo para el cultivo de su campo. En resumen, que la escuela se convierte, de este modo en el eje de la comunidad indígena, teniendo la misión de instruirlos y perfeccionarlos en sus oficios para elevar su nivel de vida y al mismo tiempo de solucionar sus problemas, aconsejarlos en sus dudas, velar por su seguridad y promover su prosperidad y bienestar.

Caiza.—Es el tercer ensayo de educación indígena llevado a cabo en territorio boliviano. Como los anteriores es obra del esfuerzo personal de su director y la enseñanza que en esta escuela se imparte consiste, también, en nociones generales de cultura y práctica de distintos oficios para los cuales el indio demuestra facilidad e inteligencia.

En Caiza también el indio ha sido ganado por la influencia benéfica que en todo orden proporciona la escuela. Por eso él ha contribuido con los materiales de construcción, ha ayudado a levantar los muros de su edificio y se ha transformado en su más grande aliado y su defensor más ferviente. Porque es indudable que estas escuelas tienen sus grandes enemigos. Ni el cura ni el latifundista ven con buenos ojos la implantación de estos centros de cultura que despertando la inteligencia del indio y proporcionándole un ambiente de cordialidad y comprensión hacen más difícil su explotación.

Wuarizata, Caquiaviri y Caiza son experiencias educacionales de singular importancia con proyecciones sociales considerables. Significan, por lo pronto, el despertar de una conciencia cívica que instruye la gravedad del problema que para Bolivia— como para la mayoría de los pueblos de Latinoamérica— es el problema de su masa autóctona. Estas escuelas rurales, implantadas en pleno altiplano, habiendo conseguido ganarse la simpatía de los indios están diciendo claramente que esa enorme masa de población ha permanecido en la ignorancia por obra de intereses mezquinos que se benefician de esa manera, pero que

puede muy bien responder de inmediato a cualquier iniciativa de mejoramiento porque no son reacios a ello.

En el conocimiento de esto, los fundadores de dichas escuelas han adoptado un método para redimir al indio, por medio de la educación, que parte del indio mismo. Despertado el entusiasmo y la simpatía por la obra, comienza el indio por construir él mismo el edificio que empezará por ser la escuela y se transformará muy luego en su hogar. Allí aprenderá a leer y a escribir, perfeccionará un oficio, la convivencia con sus hermanos le hará más sociable, en resumen, elevará su categoría social y humana. Y todo esto por obra de la escuela, que a la vez es obra exclusivamente suya, puesto que él la hizo, la mantiene y la defiende.

No se ha conseguido con esto, indudablemente, resolver el problema del indio. Ni se conseguirá aunque funcionen millares de estas escuelas y el Estado las subvencione como corresponde, en lugar de despreocuparse de ellas. Lo único que ha resultado de estas experiencias es una demostración bien clara de que el indio no es un ser inadaptado incapaz de perfeccionamiento. Y no es que estas escuelas sean insuficientes en su enseñanza sino que la concisión económica del indio es un obstáculo que impide obtener resultados más concretos.

El problema del indio sólo tiene una solución, que es la económica. En este sentido el pensamiento de José Carlos Mariátegui es el único acertado y México el único país de América que está demostrando la exactitud de su criterio (1).

El reparto de la tierra y la provisión de instrumentos de labranza que permitan al indio independizarse del latifundista es la verdadera puerta de escape hacia la liberación del indio. La

(1) Antes que Mariátegui, Manuel González Prada había esbozado en «Nuestros indios del libro *Horas de Lucha*, el camino certero Para la resolución del problema indígena, pero nadie como Mariátegui lo expuso en forma tan terminante en su libro. *Siete ensayos de interpretación de una realidad peruana*.

obra educativa viene después. Un hombre con desahogo económico, por lo menos que es dueño de su vida, puede pensar en instruirse. Pero el que está esclavizado por un amo despótico, que tiene que trabajar todas las horas del día, que no puede disponer ni de su mujer, ni de sus hijos, porque están obligados también a trabajar para el patrón, cuándo puede salir de su miserable condición de analfabeto y cómo puede llegar a hacerlo?

Mientras no se piense seriamente en devolverle al indio lo que le pertenece en elevarlo a la categoría social y humana que le corresponde, no se habrá resuelto este arduo problema.

4.º DOS OPINIONES VALIOSAS SOBRE EL INDIO BOLIVIANO.

Mucho se ha escrito en Bolivia sobre el indio. Su figura severa, engarzada en el paisaje andino, ha desfilado por las páginas de innumerables escritores de representación. Se ha hecho literatura sobre su vida, sus costumbres, su religión, su organización política y social, su grandioso pasado. Son, en efecto, numerosos los ensayos existentes sobre estos temas y de suma importancia si se tiene en cuenta la calidad de sus autores. Podemos citar, entre ellos, el libro de Bautista Saavedra, titulado EL AYLLU, que es un interesantísimo estudio sobre la organización comunal indígena; es también de gran valor la obra de Rigoberto Paredes: MITOS Y SUPERSTICIONES, donde se analiza con detalle las creencias religiosas y la de Alfredo Sanjines: INTERPRETACIÓN DE LA DANZA Y MÚSICA INDÍGENA, que estudia estas manifestaciones artísticas entre los indios. Federico Avila, en su libro LA TRISTEZA Y EL DOLOR BOLIVIANO, nos expresa el sentimiento trágico de una raza oprimida que vive en un estado de completo abandono y Alfredo Guillén Pinto se ocupa de la educación del indio con la autoridad que le da su experiencia de maestro rural. Pero, indiscutiblemente, lo más interesante que se ha escrito sobre el tema pertenece a la pluma de Franz Tamayo y Gustavo Adolfo Otero.

Franz Tamayo es una de las inteligencias más claras que hay en Bolivia. Su libro CREACIÓN DE UNA PEDAGOGÍA NACIONAL es una recopilación de los editoriales que en 1910 publicó en EL DIARIO de La Paz sobre el problema de la educación en Bolivia. A pesar de no ser más que un conjunto de artículos periódicos, hechos al correr de la pluma, por exigencias de las circunstancias, la obra ofrece una prosa brillante advirtiéndose, de inmediato, el profundo conocimiento de su autor sobre el tema.

En realidad, el libro no está dedicado al indio, sin embargo, él ocupa la mayor parte de la obra. Y es que al hablar del niño boliviano, Tamayo tiene forzosamente que referirse al mestizo y al indio, porque el blanco es sólo una minoría sin importancia. Por eso, el autor, comienza por analizar las condiciones físicas, morales e intelectuales del indio y del mestizo para terminar esbozando una pedagogía conveniente a cada uno de ellos.

Tamayo protesta porque en Bolivia se pretende dar una instrucción primaria pareja y ello no es posible por la diferencia racial que establece graduaciones. «En el mestizo—dice Tamayo (1)—perdura el físico del indio y la inteligencia del blanco». El mestizo es tipo de inteligencia viva, despierta, pero sin carácter y por lo tanto los resultados que puedan obtenerse con ella dependen exclusivamente del método aplicado. En el indio, en cambio, la facultad que predomina no es precisamente la inteligencia. Por supuesto, Tamayo no le niega su fuerza intelectual al indio, pero señala la forma pasiva en que se manifiesta esa inteligencia. En cambio la cualidad que lo distingue es el carácter y una moralidad sólidamente asentada y que se manifiesta en todos los actos de su vida. El indio es todo energía—dice Tamayo—todo voluntad.

Siendo tan distintos mestizo o indio es indudable que la pedagogía tiene que escoger sus métodos en el caso de la enseñanza. Al mestizo hay que educarlo, hay que encerrarlo en una férrea

(1) Franz Tamayo: Obra citada, pág. 101.

disciplina que modere sus ímpetus imaginativos y encauce las fuerzas dispares que luchan en él hacia una ruta provechosa. Hay que limitar su enseñanza, suprimiendo lo supérfluo, para concretar los conocimientos y limitarse a lo útil y necesario. Al indio, en cambio, hay que instruirlo, despertar su inteligencia dormida, avivar su curiosidad. Es más difícil la pedagogía que hay que aplicar a su enseñanza porque existe en la naturaleza del indio algo así como una reacción hacia todo lo que no sea su mundo. Por eso es necesario acercarse a él con simpatía y enseñarle con cariño.

Pero no es suficiente, para Tamayo, haber establecido el método indicado para enseñar al indio y al mestizo. Para él lo ideal sería despertar la inteligencia del indio sin dañar su moralidad. Porque la letradura acarrea al autóctono, además de los beneficios, la plaga de los vicios blancos. El indio se desmoraliza y se corrompe al aproximarse al blanco y hasta sus ideales degeneran. Por eso preconiza una pedagogía profiláctica, respecto del indio, una pedagogía que comience educando a los pedagogos. «Necesitamos comenzar reeducando a todos nuestros blancos—dice—o pseudoblancos; educar en seguida a nuestros mestizos y acabar entonces instruyendo a nuestros indios. Sólo así destruiremos el veneno moral que significa para el indio su contacto con el blanco y un poco menos con el mestizo» (1).

En esa forma, sin temor al contagio moral, que ya no existe, puede letrarse al indio, comunicarlo con el mestizo primero y luego con el blanco, realizando la fusión de todas las fuerzas vivas de la nación, primer paso hacia el encuentro real de la nacionalidad.

El otro libro a que hemos hecho referencia se titula FIGURA Y CARÁCTER DEL INDIO y lo firma Gustavo Adolfo Otero, prestigioso intelectual boliviano de destacada actuación en las letras de su país. Se trata de un serio y meduloso ensayo sobre el indio

(1) *Franz Tamayo: Ob. cit., pág. 140.*

andoboliviano, denominación bajo la cual agrupa el autor a los quechuas y a los aymarás. Para Otero, en efecto no existe una diferencia marcada entre estas dos razas. Por el contrario sostiene la tesis de que estos dos núcleos indígenas que habitan regiones similares y están sometidos a un control geográfico idéntico pueden fusionarse sin ningún inconveniente. Corrobora su afirmación lo que acontece en la provincia de Muñecas, del Departamento de La Paz. «Allí vive un haz indígena—dice Otero—que para nosotros es genuinamente andoboliviano y que es la encarnación de la vinculación indisoluble de los aymarás y los quechuas, sólo diferenciados por el lenguaje. En esta isla social, que puede ser un resto de los antiguos mitemacos, se encuentra un núcleo indígena importante, que no sabrán los partidarios de la diferenciación de las razas aymará y quechua en que sector clasificarlo, pues estos indígenas hablan simultáneamente el aymará y el quechua; el aymará para sus relaciones sociales y el quechua para sus relaciones familiares y viceversa. Luego, todo control antropológico y psíquico, se escapa al tratar de buscar diferencias, porque todo lo que se presenta son, precisamente, nada más que analogías. En el Departamento de Oruro y Potosí también se encuentran otros núcleos parecidos. Los únicos grupos indígenas que, por la observación superficial se encuentran diferenciados, son los aymarás del Departamento de La Paz y los quechuas de los Departamentos de Cochabamba y Chuquisaca. En el fondo también estos núcleos son semejantes aunque más valdría decir homogéneos (1)» .

FIGURA Y CARÁCTER DEL INDIO es un libro serio y documentado. Su autor revela un profundo conocimiento científico que aplica con criterio acertado al estudio de las condiciones físicas, morales e intelectuales del indio. Se analizan, además, sus costumbres, su temperamento, su religión, los distintos sentimientos de cólera, envidia, vanidad, ambición, etc. y las reacciones que

(1) *Gustavo Adolfo Otero: ob. cit., pág. 24.*

en ellos producen. Se hace, en resumen el estudio más completo y acabado de la personalidad del indio, revelando su autor en todo momento, no sólo su capacidad indiscutible, sino muy especialmente, un conocimiento profundo y real del personaje que trata. Sus conclusiones son el resultado de las experiencias realizadas por el autor durante su convivencia en las comunidades indígenas. Tienen, por eso, el valor de ser producto de la observación directa y estar sujetas a leyes científicas y no son obra de la simpatía que el autor pueda sentir por el indio.

5.º EL PROBLEMA DEL INDIO EN LA NOVELA.

En Bolivia, los escritores han sido los primeros en señalar la ruta hacia el conocimiento integral del indio. Será tal vez porque, como lo definió René Moreno, la literatura es la expresión de la sociedad y la sociedad boliviana, ya lo hemos visto, tiene una base indígena evidente. Lo cierto es que los hombres de letras de ese país se han sentido fuertemente atraídos por la figura callada y severa del indio.

La novela actual se caracteriza por una manifiesta preocupación hacia el indio. En principio diremos que casi no existe novela donde no aparezca el indio o por lo menos el cholo. Aún en aquellas que se desarrollan en ambientes citadinos y con argumentos alejados de la realidad indígena, lo autóctono aflora, cuando menos lo esperamos, en detalles accidentales.

Desde comienzos del siglo se advierte en la novela boliviana la presencia del indio. En distintos escenarios: la puna, el valle o la selva; trabajando en las minas, el latifundio o el siringal. la silueta de este personaje se perfila con caracteres sombríos en las páginas de los más renombrados escritores.

El indio del altiplano ha encontrado su intérprete en un literato cuya fama se ha extendido más allá de las fronteras de su país. Me refiero a Alcides Arguedas, el primero que en Bolivia aborda el tema de la vida angustiosa y miserable que soporta

el autóctono, narrando en forma viva y realista las penurias y vejaciones de que son objeto.

Su obra *RAZA DE BRONCE*, es la pintura más vigorosa y humana que se ha hecho del aymará, que vive en las poblaciones cercanas al lago *Titicaca*. El ambiente y el personaje han sido llevados al libro en forma magistral y están tan íntimamente ligados hombre y paisaje como corresponde a la realidad misma en que el indio aparece como esculpido en el granito de sus montañas grandiosas.

La obra comprende dos partes: el valle y el yermo. En ellas la naturaleza aparece en toda su radiante belleza, presentada por una pluma maestra que une al profundo conocimiento de la realidad un sentido artístico y una sensibilidad extraordinariamente afinada, capaz de captar los matices más imperceptibles. Por eso abundan en la novela páginas de colorido y belleza imponderables. Y en medio de esta naturaleza bravía, que se destaca por su belleza exótica, aparece el personaje central de la obra: una raza, que otrora fuerte y poderosa, vive hoy bajo el yugo dominante de una casta que la esclaviza sin piedad.

RAZA DE BRONCE es sin duda, una novela fuerte, un libro áspero, cuya lectura nos deja amargura en el alma, porque la visión de la injusticia social que soportan estos seres, nos subleva. Tiene, por lo tanto, la virtud de despertar en el lector la noción de un problema que es algo así como el grito de angustia de una raza oprimida pero no vencida.

Si Arguedas conoce a fondo la vida y la costumbres de los aymarás, Alberto Ostria Gutiérrez, cuentista más que novelista, posee profundo conocimiento del quechua y lo ha hecho protagonista de su obra. En su libro *ROSARIO DE LEYENDAS*, hay narraciones de alto vuelo literario donde el personaje aparece bajo la férula explotadora de sus tres verdugos: el cura, el corregidor y el patrón. Actualmente, al margen de su labor diplomática, que le impide dedicarse a la literatura como él quisiera, prepara

un libro de cuentos vernáculos, en donde el indio ocupa un puesto destacado.

La vida del indio en las minas está magistralmente narrada en el libro de Jaime Mendoza: TIERRAS DEL POTOSÍ. La descripción del minero es, en verdad, desgarradora por la realidad con que muestra a esos seres miserables, que soportan privaciones y penurias de toda especie; que como topos humanos permanecen hasta treinta y seis horas seguidas sepultados en las profundidades de los húmedos socavones. Toda la tristeza y la sordidez de estas existencias entregadas de lleno al penoso trabajo de las minas, desfila por las páginas del libro.

Adolfo Costa du Rels—uno de los valores más serios de la actual literatura boliviana—hace también una pintura magnífica de las regiones mineras de su país. En su libro EL EMBRUJO DEL ORO, que es una recolección de varios episodios narrados en forma de cuentos, pero que conservan la ilación de una historia que se desarrolla a lo largo de varios siglos, asistimos a la dramática descripción de la vida en las minas.

El paisaje puneño frío y adusto, que sirve de marco a las escenas a que nos hace asistir el autor, ponen de relieve sus extraordinarias condiciones artísticas. Fino observador, psicólogo profundo, nada ha escapado a su aguda penetración y ha sabido captar, con verdadera maestría los matices más hondos del alma fatalista del minero.

En PÁGINAS BÁRBARAS, Jaime Mendoza, nos muestra la vida del indígena en los siringales. La naturaleza aquí presenta un aspecto completamente opuesto al que acabamos de analizar. A la severa majestad de la puna sucede la grandiosidad pródiga de la selva; a la temperatura helada del yermo se opone un clima cálido y bochornoso. Pero la vida del indio es la misma en la mina que en el siringal. Mientras el uno padece en las entrañas de la tierra para extraer el oro blanco, el otro sufre al aire libre, rodeado de una maraña de plantas que lo aprisiona, para extraer la goma, el oro negro. Miseria, hambre, padecimiento y trabajo

forzado es la cadena de penurias a que está sometido también el indio en estas regiones.

PÁGINAS BÁRBARAS, es un reflejo fiel de la vida en el oriente boliviano, donde la explotación del caucho—hecha a base de la explotación del hombre—adquiere caracteres de verdadera tragedia.

Costa du Rels, también ha intentado la descripción de la vida en las selvas, pero ha elegido como escenario, no la región oriental del Beni o Santa Cruz, sino la parte sur de la república, que corresponde a las regiones ardientes del Chaco. Su obra se titula TIERRAS ABRASADORAS y une al mérito indiscutible de su prosa el acierto en la pintura de sus personajes y el interés de su argumento real y bien llevado.

Lo que más admira en Costa du Rels es que un hombre como él, criado y educado en Europa, al punto que sus novelas están escritas primero en francés y luego traducidas al castellano, sienta en forma tan real la naturaleza y los problemas de América. Es indudable que Europa no ha logrado desvincularlo de su verdadero medio y ahí está precisamente su valor.

En Diómedes de Pereyra encontramos, también, páginas brillantes sobre la selva. Pueden leerse, en sus novelas CAUCHO, EL VALLE DEL SOL y LA TRAMA DE ORO, magníficas descripciones de la naturaleza. Hay tal colorido, tal realidad en su pintura, que parece inconcebible que ellas hayan sido hechas por un escritor que sólo conoce el lugar por referencias. En todo caso, estamos en presencia de un gran imaginativo que además se ha documentado minuciosamente y con toda seriedad.

Como reconstrucción del pasado indígena es interesante la obra de Abel Alarcón, ANTE LA CORTE DE YAHUAR-HUACAC, aunque en ella pueden encontrarse algunos errores históricos deslizados, sin duda, por negligencia en la información. El indio en esta obra aparece como personaje de leyenda, un poco alejado de la realidad, ya que el autor se limita a una evocación de le-

janos tiempos. Con todo hay páginas de gran colorido que se leen con profundo interés.

Merece también especial mención la obra de Julio Aquiles Munguía titulada KORIMARKA, donde se hace una magnífica descripción del Tiahuanaco de hace diez mil años, cuyas ruinas causan, aún, la admiración y el estupor de los que las visitan. En la última parte de la novela el autor nos presenta a la ciudad que en el futuro ha de ser Tiahuanaco y la visión aunque fantasmagórica no deja de tener visos de profunda realidad.

En el terreno de la fábula no podemos dejar de mencionar a Víctor M. Ibáñez con sus obras CHACHAPUMA y AUKAKALLU, inspiradas en viejas leyendas de la raza aymará. Ambas novelas están construídas sobre la base de narraciones indias trasmitidas de generación en generación. Resultan, por lo tanto, evocación de un pasado remoto, y como la obra de Alarcón adolecen de falta de realidad. Los personajes se mueven como muñecos manejados por manos de hábiles titiriteros, pero, que así y todo, se advierte el hilo que les da vida.

Finalmente citaremos a un distinguido escritor, sinceramente impresionado por el estado de miseria y abandono de la raza india. Alberto de Villegas vió con dolor de hermano la oprobiosa existencia que soportaban los indios y trató en todo momento de aliviar su situación. Su obra más destacada, LA CAMPANA DE PLATA, es una hermosa evocación de la ciudad de Potosí, en donde hay páginas conmovedoras sobre la suerte del autóctono. Muerto en plena guerra del Chaco, ha dejado páginas inéditas de una novela indigenista, que ha juzgar por la calidad del autor, habrían constituído una obra de singular mérito.

La guerra con el Paraguay interrumpió en forma cruel y violenta la producción literaria de Bolivia, pero, declarado el armisticio, sobrevino una verdadera fiebre de producción que abarcó todos los géneros, de tal modo que puede hablarse de una *literatura de la guerra del Chaco*.

La novela, especialmente, se enriqueció con valores que sur-

gieron a raíz de la contienda. Eduardo Anze Matienzo, con su obra EL MARTIRIO DE UN CIVILIZADO; Augusto Céspedes, autor de SANGRE DE MESTIZOS; Oscar Cerrutto, con ALUVIÓN DE FUEGO y Porfirio Díaz Machicado, con LOS INVENCIBLES, aparecen entonces y se imponen de inmediato por la calidad de sus obras.

El indio, naturalmente, aparece en todas estas novelas. Obligado por las fuerzas de las circunstancias a engrosar las filas de los ejércitos, tuvo que marchar al frente y se constituyó en la carne de cañón ofrecida en holocausto al bienestar de la nación. Su sobriedad, su resistencia física y su resignación, fueron observados por los que tuvieron que vivir con ellos horas de tragedia y desesperanza. Entonces, la convivencia, el trato diario y la observación directa, hicieron comprender a muchos que el indio no era un ser tan despreciable, que su inteligencia no estaba atrofiada y su sensibilidad existía intacta, guardada celosamente. Descubrieron recién que era un ser tan humano como ellos, sensible al dolor y a la alegría, capaz de grandes sacrificios y acciones heroicas.

No puede extrañar, por lo tanto, que la literatura que surge como consecuencia de esta contienda bélica recuerde con cariño y emoción al soldado indio, al «repete», como se le llamaba en el ejército, exaltando sus cualidades de hombre valiente y sufrido.

Además de un acto de justicia, éste ha sido un paso decisivo hacia el acercamiento del indio. Hay una evidente simpatía hacia el personaje. Podríamos decir que la literatura de la guerra del Chaco tiene una tendencia indigenista bien marcada. Entre los autores mencionados Cerrutto y Díaz Machicado son los que puntualizan, en forma más precisa y vigorosa, la situación del indio.

Aparte de los nombres ya citados, en la novela boliviana de nuestros días se destacan algunos valores jóvenes atraídos sinceramente por la corriente indigenista. Podríamos nombrar, entre ellos, a Carlos Medinacelli, quien cuenta entre su variada y

múltiple producción con dos novelas de auténtico regionalismo: LA CHASKANAHUI y ADELA; a Hugo Blyn, autor de PUNA, acertada descripción de la vida en los latifundios; a Carlos Oropesa, en cuyos cuentos se advierte, como preocupación dominante la situación miserable del indio del altiplano; a Luis Mendizábal Santa Cruz, que pinta con dramático realismo la vida del indio en las profundidades de los húmedos socavones; a Fernando Iturralde Chinel, que en su novela ENCRUCIJADA, señala con firmeza y valentía la tragedia del indio en la puna; a Raúl Botelho Gosalvez, autor de COCA Y KAMAQUES, novelas de fuerte sabor autóctono; a José Felipe Costas Arguedas, que hace protagonista de su novela EL SOL SE IBA... al indio quechua y a Gloria Serrano, en cuyas bellísimas estampas de JIRONES KOLLAVINOS Y TIERRAS DEL CUZCO, magníficamente ilustradas por su compañero Crespo Gastelú, encontramos una visión completa y real de la vida, costumbres y ritos de los indios andobolivianos.

Resumiendo, un estudio detenido de la novela boliviana destacaría la presencia del indio como motivo fundamental en ella, desde comienzo del siglo hasta nuestros días. Motivo, que llega en algunos, a convertirse en preocupación seria por la gravedad del problema que entraña. Desde luego no estamos ante una moda literaria, lo que ocurre es sintomático y acusa el despertar de una conciencia colectiva que en Bolivia vislumbra ya la posibilidad de reparar la injusticia social que soporta desde hace tiempo una masa considerable de su población.